

## CARTELES SÍ, PERO SOLO SOBRE PELOTA

---

Por estos días el país vive una fiebre beisbolera a partir de los últimos partidos correspondientes al *play off* de la serie nacional. Los industrialistas\* visten de azul, mientras que el rojo es el color de quienes le van a Santiago de Cuba. En numero-



sos balcones, puertas y muros se leen carteles como «Industriales campeón» o «Santiago es mucho Santiago». A los militantes del Partido les han sugerido que durante los juegos en el gran estadio Latinoamericano deben evitar que se grite despectivamente la palabra *palestinos* para referirse a los jugadores del equipo oriental. Mientras que el despliegue policial dentro y alrededor del propio estadio solo es comparable con el ocurrido durante la Cumbre de Países no Aliados en septiembre último.

Hasta yo, que no comparto la pasión beisbolera, veo los partidos transmitidos en la TV y salto cuando anotan los leones industriales. Sin embargo, no dejo de notar que durante estos días la pelota nos sumerge en un sopor irreal y que hasta la aparición de los tolerados carteles es un paréntesis, un permiso temporal, del que no podremos hacer uso para otros temas. Me puedo imaginar qué pasará si una vez concluida la final cuelgo en mi balcón un mínimo papel que diga «Sí al etanol»\*\* o «Internet para todos».

4 de abril de 2007

\* Industriales es el nombre del equipo de béisbol de la capital.

\*\* Fidel Castro siempre se opuso a la producción de etanol, y más aún a buscar la inversión extranjera que los expertos creen necesaria para desarrollar la industria cubana. En su opinión, la producción de etanol causaría una subida de precios de los alimentos.

UN AMANECER EN LA HABANA  
DESDE MI BALCÓN

---



En mi libro de geografía de 6.º grado aparecía una foto sobre la contaminación ambiental en los países capitalistas. No recuerdo si era una vista de Londres o de Berlín, solo sé que esta imagen se le parece.

*9 de abril de 2007*

El último viernes de abril, en el edificio donde vivo, fue la Asamblea de Rendición de Cuentas (o de «cuentos» como les gusta llamarla a mis vecinos). El arsenal de quejas era potente, pero fueron «bateadas», «aclaradas» o «elevadas» por nuestro hábil delegado de la circunscripción. Entre los puntos a discutir, el ya permanente tema de la calidad del pan, la recogida de basura y la entrada de agua en la zona. Las respuestas, por su parte, eran también ya conocidas: «En medio de la difícil situación que atraviesa el país...», «los compañeros de la panadería están haciendo un esfuerzo...» y «el cambio climático está afectando el suministro de agua».

En fin, después de más de treinta años de la existencia de estas reuniones tenemos clara al menos una cosa: por ese camino no se solucionan los problemas. Más que representar a su comunidad frente a las autoridades, los delegados parecen entrenados en justificar ante nuestros ojos todo lo que se hace «por allá arriba». No son elegidos por su capacidad de gestión, y mucho menos porque tengan un programa para mejorar las condiciones de vida de sus comunidades, sino que están allí por su adhesión e incondicionalidad al gobierno.

Pocos creen ya que de las reuniones de rendición de cuentas vayan a emerger soluciones. Todos los otros caminos civiles para demandar, exigir y buscar respuestas están atrofiados y cortados. Activar esas vías, volver a tomar conciencia de que nos merecemos un buen pan, una eficiente recogida de los desechos y de que los recursos hídricos del país nos pertenecen es el primer paso. Inevitablemente hay que replantearse en su totalidad las actuales vías que tiene el pueblo para hacer cumplir con sus deberes al gobierno.

*30 de abril de 2007*



El domingo pasado mi hijo de once años tenía que participar a las ocho de la mañana en una práctica de tiro convocada por su escuela. Amén de lo divertido que puede ser para un niño de esa edad arrastrarse en la hierba, camuflarse con fango o correr en zigzag, lo que

subyace detrás de esta obligada convocatoria a familiarizarse con las armas es ciertamente estremecedor.

A partir de eso me he comenzado a cuestionar si Cuba ha suscripto los acuerdos internacionales de no participación de niños en conflictos bélicos, que incluyen, claro está, no darles ningún tipo de entrenamiento militar a menores de edad.

Lo que entre los niños podría quedar como una divertida jornada de domingo, jugando al tiro al blanco y creyéndose los héroes de las películas, tiene detrás un concepto que de tan repetido apenas si reparamos en la gravedad de lo que encierra: «la guerra de todo el pueblo».

¿Acaso no expone esta consigna que, en la tan anunciada guerra contra nuestro territorio, nadie podrá contabilizar víctimas civiles, pues todos seremos considerados soldados que debemos acatar las numantinas orientaciones que llegan desde arriba? ¿Significa esto que en un estado de alarma mi hijo tendrá que empuñar un fusil y obedecer? Me niego a aceptar que mi familia y yo seamos otra cosa que civiles desarmados, que se niegan a portar, familiarizarse o aprender a manejar un arma.

*3 de mayo de 2007*

Vivo equidistante de dos mercados agropecuarios, uno donde venden campesinos, cooperativistas o sus correspondientes intermediarios y el otro que está a cargo del Ejército Juvenil del Trabajo (EJT). En el primero hay casi de todo: frutas, vegetales, viandas y hasta carne de cerdo. El estatal pocas veces



tiene algo más que boniato, ají, cebolla o fruta bomba verde,\* y cuando llega algún producto cárnico las colas se alargan. La diferencia fundamental entre estos dos «agros» no está en la variedad sino en el precio, tan es así que mis vecinos llaman al mercado de los campesinos «el agro de los ricos» y al del EJT el de «los pobres».

Lo cierto es que para lograr una comida medianamente balanceada hay que pasar por los dos. Primero se deben inspeccionar las tarimas repletas de los mismos productos que abundan en la gran área perteneciente al EJT y después evacuar los antojos y los caprichos de calidad con los bruñidos tomates del mercado de los «guajiros».

A veces, cuando el deseo y la nostalgia me pican, me voy a comprar una piña al «agro de los ricos». Tengo el cuidado de llevar una bolsa de tela para guardar a la reina de las frutas y esconder de las miradas el obsceno símbolo de estatus que ella representa.

*18 de mayo de 2007*

\* Papaya.

## LOS HIJOS DE LA ESPERA

---



He leído hace unos días en el periódico *Granma* que la población cubana decrece y que en 2006 hubo una disminución aproximada de 4.300 habitantes en comparación con el año anterior. La noticia no me sorprende, pues ya había podido notar que aquello

de veinte estudiantes por aula en las escuelas primarias obedecía más a una realidad demográfica que a la aplicación de algún novedoso método pedagógico.

Sin embargo, entre las amigas y amigos de mi generación hay un verdadero *boom* de embarazos y nacimientos. Son los hijos que fueron pospuestos con los argumentos del espacio, la emigración o la situación económica; pero que sus padres —ya treintañeros— se ven compulsados a tener ahora.

Mis amigos se imaginaron la llegada de sus bebés de otra manera. Soñaron con resolver sus problemas habitacionales antes de que vinieran los niños a su vida. Algunos se vieron a sí mismos como padres de hijos que montaban en trineo y hablaban dos lenguas; mientras que otros proyectaron que en su propio país con sus salarios podrían costear los pañales desechables, los biberones y los regalos de los Reyes Magos.

La vida normalmente se burla de los pronósticos, así que ahí están mis amigas ya a punto de parir o meciendo niños en un sillón, y mis amigos sofocados tratando de dividir el poco espacio que habitan en la casa de los abuelos, haciendo cálculos que no pueden cumplir con sus exiguos salarios y soñando si todavía habrá espacio en el trineo, ahora que son más para llevar.

*19 de mayo de 2007*

Esta semana hacemos una terapia antitelevisión en nuestra casa. Empezamos gradualmente y estamos ahora en la etapa de encender al «gordito autosuficiente» pero no subirle el volumen. Es interesantísimo lo que se logra. Ante nuestros ojos pasan imágenes que, de tan predecibles, la propia imaginación les pone voz y sonido. Si sale un campo sembrado, oigo dentro de mí a un conocido locutor que anuncia un sobrecumplimiento de la producción de papas. Si, en su lugar, lo que vemos son imágenes de personas vestidas con batas blancas, entonces inmediatamente emerge en mi mente el discurso sobre los médicos cubanos que brindan sus servicios en Bolivia o Venezuela.

Lo que nunca ocurre es que al mirar, en *mute*, uno de esos reportajes, surja de mí algo cotidiano y realista que se parezca a lo que oigo cada día en la calle. Nuestra pantalla chica nos muestra «lo que debimos haber sido» o, peor aún, «lo que debemos creer que somos». Así que el locutor que todos llevamos dentro nunca dice algo como «los precios están por las nubes», «en mi policlínico solo quedan 17 médicos, porque todos los demás se han ido de misión», «si no robo en el trabajo no puedo vivir», o «¿dónde están las malditas papas que no llegan?».

La tele se parece tan poco a mi vida que he llegado a pensar que es mi existencia la que no es real; que las caras alargadas que veo en la calle son actores que merecerían un Oscar (o un Coral);\* que los cientos de problemas que sorteo para alimentarme, transportarme y simplemente existir, son solo líneas de un guión dramático, y que la verdad, de tanto que insisten, debe ser la que me cuenta el *Granma*, el *Noticiero Nacional de Televisión* y *Mesa Redonda*.\*\*

21 de mayo de 2007

\* Premio que otorga el Festival de Cine de La Habana.

\*\* Programa informativo de televisión oficialista.